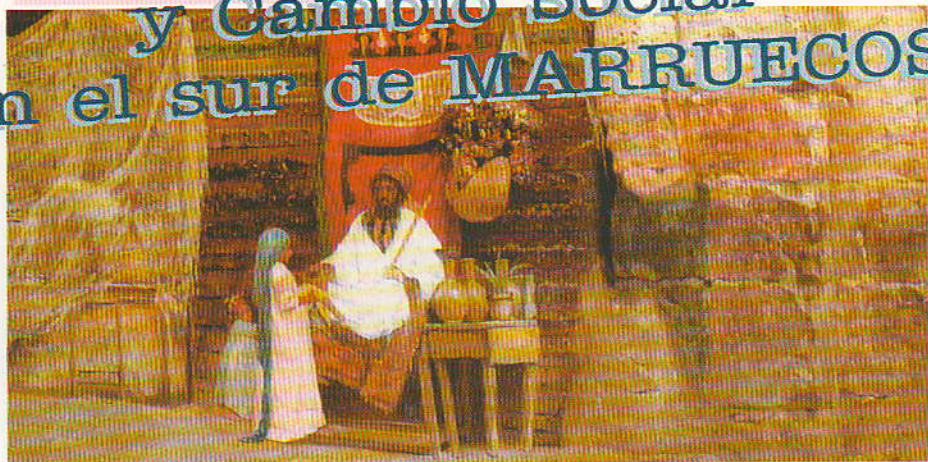


# Educación y Cambio Social en el sur de MARRUECOS



Al sur del Gran Atlas marroquí, diferentes ríos y torrentes nacidos en la montaña se adentran centenares de kilómetros en las tierras áridas del Sáhara, dando lugar a prolongados oasis donde la palmera datilera se alterna con olivos, almendros, hortalizas y gramíneas. Estas estrechas franjas de terreno fértil, habitadas por una población sedentaria de agricultores, han sido desde muy antiguo el objeto de disputas por el regadío y de ataques por parte de tribus nómadas deseosas de ocuparlas o de apoderarse por la fuerza de sus cosechas. Tal inseguridad condujo a la adopción de modelos arquitectónicos basados en la defensa: los conocidos *ksur* (pueblos amurallados) y *kasbas* (viviendas fortificadas de grandes dimensiones, pertenecientes a las familias más poderosas).

Para la construcción de *kasbas* y *ksur* se empleaban los materiales disponibles en la región y fundamentalmente la tierra cruda, combinándose los dos métodos clásicos: el tapial (muros de tierra comprimida en el interior de un encofrado de madera) y el adobe (ladrillos de barro mezclado con paja, secados al sol). Asimismo eran usados como acesorios la piedra, los troncos de palmera, las cañas y los tallos de adelfa. En el interior de los habitáculos, el mobiliario quedaba reducido a unas alfombras donde sentarse, pasar el tiempo, comer y dormir. Los escasos utensilios de cocina eran de cerámica, los hornos también de tierra cruda y la vida resultaba sencillísima. El arte se caracterizaba por su austeridad.

Los oficios pasaban de padres a hijos y eran aprendidos por la práctica, manteniéndose vivas una serie de técnicas ancestrales, fruto de siglos de investigación. La educación escolar quedaba reducida a la enseñanza del Corán, cuyos versículos en árabe clásico eran memorizados y repetidos oralmente, a menudo sin comprender su significación exacta. La escritura beréber, de raíces fenicias, había dejado de utilizarse a principios de la era cristiana y el alfabeto árabe sólo era conocido por los maestros coránicos y por algunos miembros de cofradías religiosas.

Todo este mundo tradicional sufrió un impacto inesperado en las primeras décadas del siglo XX con la implantación del protectorado francés. Nuevas instituciones fueron creadas, nuevos objetos materiales, lo que condujo al nacimiento de una nueva mentalidad. El proceso, lejos de frenarse tras la independencia, todavía se vio incrementado gracias a cuatro factores básicos: la emigración al extranjero, la llegada del turismo, la política de uniformidad practicada por el gobierno central y, por fin, la televisión, presente hoy en todos los hogares.

Al desaparecer las guerras tribales y la inseguridad, aquellos modelos arquitectónicos basados en la fortificación perdieron su razón de ser. Al mismo tiempo, el modo de vida occidental se impuso paulatinamente frente a las propias costumbres, que comenzaron a olvidarse. Poco a poco, los *ksur* y las *kasbas* fueron abandonados, hallándose hoy en ruinas la mayor parte por falta de mantenimiento. En su lugar se han ido levantando grandes edificios de hormigón armado, que rompen la estética del conjunto y se adaptan mal a las condiciones climáticas de la región, pero en cambio dan un prestigio social a sus dueños por parecerse alas viviendas europeas. Al mismo tiempo cambia el mobiliario, la forma de vestir y, de un modo general, todo el sistema de la vida.

La educación juega un papel decisivo en esta transformación social y es recibida por tres canales distintos: la familia, la escuela y los medios de comunicación de masa. Dentro de la familia, son las mujeres las que se han encargado siempre de transmitir a los hijos los valores morales y las costumbres básicas. Hoy continúan ejerciendo este papel, aunque las ideas a inculcar son ligeramente distintas debido a su propio cambio de mentalidad. Con todo, la población femenina constituye el sector más inmovilista de la sociedad, de modo que su mensaje representa un elemento conservador dentro de la educación. La lengua materna puede ser unos de los dialectos beréberes o bien el árabe po-

pular marroquí, según el origen étnico de cada familia.

Sobre los cinco años, niños y niñas pueden acudir como antaño a la escuela coránica, donde aprenden a recitar de memoria los principales versículos del libro sagrado en árabe clásico, un idioma tan distante de la suya materna como pueda estarlo el latín del castellano. Este tipo de escuelas han ido desapareciendo de muchas zonas rurales, aunque mantienen su presencia en los núcleos urbanos, incluso en los de mínima importancia.

La enseñanza oficial no se inicia hasta los siete años de edad, siendo teóricamente obligatoria en su primer ciclo de cinco cursos. Aunque financiada por el Estado al cien por cien, los padres deben adquirir los libros de texto, lo que representa un esfuerzo económico importante si tenemos en cuenta la media de siete u ocho hijos por familia, motivando en algunos casos la renuncia a la escolarización. Los centros de enseñanza llegan a las aldeas más recónditas y se mantienen abiertos incluso donde no hay más de tres o cuatro alumnos potenciales. El absentismo, sin embargo, es notorio en zonas rurales y sobre todo por parte de las niñas, reclamadas por sus madres para colaborar en las tareas domésticas.

La ley autoriza a los empresarios a contratar niños a partir de los doce años. A esa edad, quienes desean por el contrario continuar sus estudios inician un segundo ciclo, para lo cual deben acudir a un núcleo urbano de cierta relevancia. Las universidades y los centros de formación profesional se hallan sólo en las grandes ciudades.

La enseñanza oficial es impartida en árabe culto. Se trata de una lengua común a todos los países de Oriente Próximo y del Norte de África, basada en el árabe clásico del Corán pero adaptada a las necesidades expresivas actuales, incluyendo nuevos términos industriales o tecnológicos. El sistema de aprendizaje es la simple memorización de unas materias equiparables a las que se estudian en Europa, bastante alejadas de la realidad cotidiana de los alumnos. A partir del tercer curso se incluye el francés como segundo idioma y en los ciclos superiores también se dan algunas clases en lengua gala. Dada la extraordinaria capacidad memorística que caracteriza a los marroquíes, tales materias son aprendidas rápidamente sin una verdadera asimilación de su contenido. El resultado es una escasa preparación por parte de muchos titulados para el ejercicio de sus profesiones respectivas y la consiguiente dificultad para encontrar un puesto laboral.

En todo caso, el impacto de la enseñanza en la población de los oasis presaharianos contribuye al olvido de sus particularidades culturales. El proceso se inicia con la propia fisonomía de las escuelas pri-

marías: frós bloques de prefabricado rosa y gris que rompen la estética de aquellos poblados de tierra tan maravillosamente integrados en su entorno. Ni el berèber ni el árabe marroquí forman parte de los planes educativos. La geografía y la historia incluyen lógicamente la región, pero la contemplan desde el punto de vista del Masruecos urbano y atlántico. Incluso un importante número de profesores proceden de Rabat o de Casablanca, destinados por pocos años en una tierra que les resulta totalmente ajena, con unos alumnos que a menudo sólo hablan un idioma incomprendible para ellos.

El traspaso de oficios manuales de padres a hijos continúa en vigor, con un sistema gremial donde los aprendices trabajan duro sin percibir apenas remuneración, sólo con el objetivo de llegar a ser maestros un día. Sin embargo, con la llegada de nuevos objetos industriales de consumo y de nuevos métodos de producción, están perdiéndose a gran velocidad las técnicas tradicionales. No sólo ha bajado mucho la calidad de la artesanía para poder ajustar

su precio, sino que ya ni siquiera existen artesanos que puedan acabar un producto como lo hacían en otra época. Todavía muchos albañiles saben construir en tierra cruda, pero ninguno es capaz de dar a un edificio la solidez ni el aire austero y esbelto de las antiguas kasbas. En apenas medio siglo se han perdido irremisiblemente unos conocimientos acumulados durante varios milenios.

El último canal por el que se recibe la educación son los medios de comunicación de masas y muy concretamente la televisión, captada mediante antenas parabólicas a falta de buenos repetidores. La emisora marroquí, las europeas y sobre todo las egipcias —que gozan de las preferencias de la población local— transmiten mensajes radicalmente ajenos a la cultura ancestral, inculcan a los niños unos mitos equiparables a los de cualquier muchacho europeo y presentan como objetivo a perseguir un modelo de vida consumista deslumbrante, que ni siquiera en España hemos alcanzado. El impacto del mensaje televisivo sobre los adolescentes resulta

sin duda más fuerte que los efectos de la enseñanza oficial e incluso que la propia educación familiar, debilitada esta última por el considerable número de hijos de los matrimonios.

Todos estos factores, en resumen, empujan a la juventud de los oasis presaharianos a despreciar sus propias raíces culturales, a dejar caer por falta de cuidados un patrimonio de alto valor como son los ksar y las kasbas, a emigrar —incluso jugando la vida sobre una patera— en busca de ese mundo de ensueños presentado en las películas y, de un modo genérico, a incorporarse a la “aldea global” uniformizada por la propagación mundial de los modelos occidentales de vida. Si todavía conservan —aunque sólo sea de palabra— el orgullo de ser beréberes y defienden el culto islámico —aunque lo practiquen cada vez con menos fervor— es porque una cultura de más de mil años no se borra en un día, por muchos elementos que tenga en contra.

Roger Mimó

## Uno de nosotros

“¿Si todo fuera tan sencillo! Si en algún lugar —decía Alexander Sozhenitsyn— existieran personas acechando para perpetrar iniquidades, bastaría con separarlas del resto de nosotros. Pero la línea que divide el bien del mal pasa por el mismo centro del corazón de todo ser humano. ¿Y quién está dispuesto a destruir un solo fragmento de su propio corazón?”

No es violento sólo quien muestra hostilidad hacia los otros, sino el que, sobre todo, es incapaz de reconocerla en su propio interior. Del mismo modo que tampoco es, sin más, pacífico el militante de una organización pacifista, sino quien es capaz de reconocer en el corazón propio el mismo rumor de la agresividad que denuncia en el ajeno. Ese es el punto de partida para cualquier diálogo y la base de cualquier programa de reconciliación basado en la realidad. El mal de nuestro tiempo radica en la pérdida de la conciencia de mal, porque lo que no se hace consciente se manifiesta en nuestras vidas en forma de destino.

Sé, y lo sé muy bien, que algún amigo dirá al leer esto que le suena a “intimismo psicológico”. Hombre, uno no es tan simple como para creerse que la maldad y la enemistad constituyan un asunto exclusivamente interno, ni tan ciego como para dejar de constatar a aquellas en el exterior. Doy por supuesto que la reconciliación con nuestros demonios internos no supone la erradicación de nuestros adversarios externos, pero lo que aquí quiero insinuar es que ese reconocimiento autocrítico modifica sustancialmente nuestra relación tanto con nosotros mismos como con nuestros enemigos. Y, sobre todo, crea un entorno tolerante.

Con encomiable devoción didáctica, nuestros más avanzados pedagogos han venido introduciendo al niño en el ejercicio de la lógica, sin pararse debidamente a pensar que

esa Lógica es “nuestra” lógica; que no es, por tanto, universal. Nuestra lógica nada tiene que ver, por ejemplo con la “lógica paradójica” oriental, ni con el conocimiento intuitivo del Gran Silencio de los sabios indios norteamericanos. Nuestra maravillosa lógica no es independiente: se halla teñida por la cultura griega. Juzga analizando y separando. Es una construcción perfecta, aunque dualista, del conocimiento. Y esa programación mental dualista fomenta en nuestro inconsciente la creencia de que los seres humanos más destructivos son como una especie de diablos rojos (los diablos, curiosamente, siempre han sido rojos) diferentes, que pertenecen, también, a otra raza diferente; porque, claro, no deja de ser un alivio eso de pensar siempre que los malos, los dogmáticos, endemoniados son los otros. Los otros son el infierno. Ese es el peligro a donde puede conducir la inocencia de los puros y el modelo ético de muchos autoproclamados pacifistas.

Sólo a través de la alienación dualista es posible entender que un escritor alemán enfatizara en la inutilidad de cualquier intento de comprender la conducta de Himmler, porque, según su opinión, “tal tentativa equivaldría a tratar de comprender a un demente en términos de experiencia humana” (A. Bard. “Encuentro en la sombra”. Kairós. Barcelona, 1993.). Más cerca de nosotros, y en parecido sentido, se alzó hace poco la voz crítica de un afamado teólogo, que, al censurar el ofrecimiento mediador del obispo Setién con ETA, consideró como “antiteológica” tal mediación, ya que, según él, ésta implicaría el reconocimiento de los violentos (espero que la Teología, tan poco experta en alcanzar a Dios, resulte ser un saber tan provisional como la psicología académica, tan inútil como aquella a la hora de alcanzar el núcleo del corazón humano).

Más conforme a la realidad, no obstante, me resulta la opinión de un periodista, también alemán, que afirmaba: “Desde el comienzo sabíamos que Hitler era uno de NOSOTROS. No debemos olvidarlo”. (Ver cita anterior).

Sé que en nuestro contexto maniqueo puede resultar incomprensible, y hasta escandalosa, la afirmación de que el verdadero sendero que lleva a la paz pasa por el reconocimiento de que el más odiado de nuestros enemigos es, en el fondo, tan humano como nosotros. Efectivamente, Adolfo Hitler era un ser humano, uno de nosotros.

La nueva ética que haga posible la paz, habrá de ser una ética mediadora, “apalabradora”, lejana y ajena a la dualista escisión interna que es la causante de la hostilidad entre el bien y el mal, una hostilidad que en Euskadi cobra la forma de “la guerra de las paces”. El modelo dualista es un modelo bélico enmascarado, ya que nos coacciona a elegir un bando, a identificarnos con una parte de nosotros mismos y reprimir la otra. “Todo lo que reprimimos —decía Robert Frost— nos debilita hasta el momento que descubrimos que también constituía una parte de nosotros mismos”.

No cabe la menor duda de que urge la profilaxis social que destierre la paranoia victimista de los más violentos. No es necesario consultar a ningún experto para ello. Sin embargo, algunos pensamos que urge del mismo modo comenzar a ser conscientes de otra epidemia violenta: la epidemia de la santidad. No sé dónde leí que la bondad no reinará en el mundo cuando haya triunfado sobre el mal, sino cuando nuestro anhelo por el bien deje de estar basado en la derrota del mal.

Rafael Redondo